

# EL ACOMPAÑAMIENTO EN LA CATEQUESIS INICIÁTICA. ELEMENTOS PARA SU ARTICULACIÓN

*Juan Carlos Carvajal Blanco<sup>1</sup>*

“Dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos...” (cf. Lc 24,13-35).

De acuerdo con el título que encabeza el presente trabajo: *El acompañamiento en la catequesis iniciática. Elementos para su articulación*, las referencias de nuestro estudio son dos: la *catequesis iniciática*, es decir, la catequesis que está al servicio de la Iniciación cristiana y que, justamente, por estar a su servicio de ella recibe su identidad y características. Y el *acompañamiento*, el cual es una de las dimensiones esenciales por la que la Iniciación cristiana se articula como un servicio eclesial a la acción de la gracia divina y a la respuesta

---

<sup>1</sup> Presbítero. Universidad San Dámaso. Madrid

libre del hombre en el proceso de configurarse el cristiano con su Maestro y Señor, Jesucristo.

Así pues, nuestro trabajo tiene como perspectiva de estudio el acompañamiento y como ámbito del mismo la catequesis iniciática. Esto, sin duda, tiene su interés. En efecto, la catequesis iniciática la podríamos estudiar desde múltiples perspectivas. Nosotros fijamos la atención en una dimensión que, si bien no es inédita –siempre se habla de acompañar a los catecúmenos o catequizandos–, pocas veces se especifica qué supone este acompañamiento y qué elementos lo articulan cuando se desarrolla al servicio de la Iniciación cristiana.

Nuestra exposición la vamos a dividir en tres apartados:

- En el primero *declararemos los presupuestos de nuestro estudio*. Diremos qué entendemos por acompañamiento y también indicaremos algunos elementos que emanan de la Iniciación cristiana y caracterizan la catequesis iniciática. Esta breve exposición tendrá la virtualidad de mostrar como el itinerario catequético reclama el acompañamiento de la comunidad cristiana, en general, y de los catequistas y demás agentes, en particular.
- En el segundo, núcleo central de nuestro trabajo, *expondremos la trama humana, teologal y eclesial* por la que un discípulo de Cristo es iniciado en la vida cristiana. En cada uno de los puntos *declararemos las modulaciones particulares que debe tener el necesario acompañamiento* para que pueda ayudar a los catecúmenos-catequizandos a recorrer los caminos que reclama una catequesis iniciática.
- En el tercer apartado, y a modo de conclusión, subrayaremos lo que, en nuestra opinión, constituye *el núcleo central del acompañamiento* en los procesos de iniciación cristiana.

## PRESUPUESTOS

### Acompañamiento, etimología y caracterización cristiana

#### - Etimología de la palabra “acompañamiento”<sup>2</sup>

El término “*acompañamiento*” significa: “acción y efecto de acompañar o acompañarse”. A su vez, el verbo “*acompañar*” significa: “estar o ir en compañía de otra u otras personas”. Tan importante es esta acción que incluso “*compañía*” se denomina a la “persona o personas que acompañan a otra u otras”. Justamente, quienes van en compañía y se acompañan mutuamente son “compañeros”.

En la primera acepción de la RAE, “*compañero*” es la “persona que *se acompaña* con otra *para algún fin*”. Aquí es importante anotar tanto la forma reflexiva del verbo: “se acompaña”; lo cual nos indica que el acompañamiento no puede ser unidireccional. Como también la indicación de una finalidad: “para algún fin”. Por otro lado, esta finalidad adquiere toda su gravedad en la cuarta acepción que da la RAE sobre el término. Según ésta, *compañero* es “la persona que tiene o corre una misma suerte o fortuna con otra”. Es decir, ser *compañeros*, no es algo circunstancial, supone un cierto compromiso, pues de algún modo se comparte el mismo destino con el *compañero*.

Quizás por esto, las entradas “*compañía*” y “*compañero-ra*” remiten a su forma primitiva: “*compañía*”, en cuya entrada encontramos su etimología, la cual nos revela el alcance cotidiano y radical que supone el acompañamiento. “*Compañío-ña*” –dice la RAE– es la forma femenina del latín vulgar: “*compañia*, de *cum-* y *panis*, pan”, lo que indica que, en su origen, “*compañía*” significa “acción de comer un mismo pan”. Este significado, sin duda, implica una cercanía y cotidianidad extrema entre los que se acompañan, y también indica la solidaridad de los mismos en un mismo fin.

2 Lo que sigue está tomado Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, 21ª Edición (Espasa, Madrid 1992). También cf. I. ORDÓÑEZ DE LANÚS, *Acompañamiento espiritual: hacia la plenitud del amor* (Editorial Camino del corazón, Buenos Aires 2010) 17-18.

- **Acompañamiento cristiano: mediación del acompañamiento de Jesucristo**

Esta reflexión nos permite penetrar de un modo nuevo en el significado del pasaje de Emaús que encabeza nuestra reflexión. Los discípulos van de huida a su aldea. Hacen su propio camino, en este caso un camino de fracaso y decepción. El Resucitado se les aproxima y entra en diálogo con ellos: se hace el encontradizo, acompasa su paso al suyo, se interesa por sus inquietudes, los interroga, los escucha, les habla y comparte con ellos la interpretación de la Escritura a la luz de su Pascua. Al final del diálogo, hace ademán de seguir; parece que la intención es comprobar si ellos le han recibido por “compañero”. Y todo indica que así lo han hecho. Los discípulos le invitan a pasar la noche con ellos. Y Jesús, en el momento de la cena, toma el pan, pronuncia la bendición y “comparte el pan con ellos”. Un pan que es la comunión en su Cuerpo y el anticipo del banquete del Reino. De este modo, Jesús resucitado, “el compañero de Emaús”, pone *la condición* y revela *el método* que sus discípulos han de seguir para iniciar a otros en los misterios de la salvación que él ha consumado en su Pascua.

- *La condición*: Jesucristo, en virtud de su victoria pascual y del don de su Espíritu, sigue siendo el verdadero acompañante de aquellos que quieren ser sus discípulos. En efecto, el diálogo que los primeros discípulos tuvieron con Jesús sigue siendo el comienzo de la catequesis iniciática: “Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: ‘¿Qué buscáis?’. Ellos le contestaron: ‘Maestro, ¿dónde vives?’. Él les dijo: ‘Venid y lo veréis’” (Jn 1,38-38).

Aquí radica el *crístocentrismo de la catequesis* (cf. DGC 98). Jesucristo no es solo el contenido: “La tarea fundamental de la catequesis es mostrar a Cristo: todo lo demás en referencia a Él”; sino que además —como dice san Juan Pablo II—, él es el verdadero acompañante-catequista que sigue revelando y haciendo partícipes a sus discípulos de su propio misterio: “El único que enseña es Cristo, y cualquier otro lo hace en la medida en que es portavoz suyo, permitiendo que Cristo enseñe por su boca” (CT 6).

- *El método*: los catequistas, en particular y los demás miembros de la comunidad, en general, han de concebir el acompañamiento de los que son iniciados como mediación del único acompañamiento de Cristo. Es el modo de garantizar que estos se vayan identificando y vinculando a quien es su único Maestro y Señor. Este carácter mediador del acompañamiento cristiano exige mantener a un tiempo unas *relaciones personales* articuladas por unas actitudes humanas sanas, reflejo de las desplegadas por el propio Jesús<sup>3</sup>; y un *clima religioso* que exprese el sentido trascendente de dicho acompañamiento.

El modo de garantizar la conjunción de ambos extremos pasa por que el acompañamiento adquiriera un *estilo fraterno*: de hermano a hermano, donde se comparta la experiencia de fe y se ofrezca la ayuda necesaria en el camino de seguimiento e identificación con Jesucristo. En este punto son especialmente iluminadoras las palabras del *Directorio*: “En realidad, favorecer el encuentro de una persona con Dios (Jesucristo), que es tarea del catequista, significa poner en el centro y hacer propia la relación que Dios tiene con la persona y dejarse guiar por Él” (DGC 139).

### Características de la catequesis iniciática

- **La Iniciación cristiana da el sello de identidad a la catequesis iniciática**

Es un hecho que la Iglesia postconciliar ha tomado el catecumenado bautismal como inspiración y modelo de toda catequesis<sup>4</sup>. Múltiples documentos avalan

3 Cf. A. ÁVILA, *Acompañamiento pastoral* (PPC, Madrid 2018) 11-26.

4 “El modelo de toda catequesis es el catecumenado bautismal, que es formación específica que conduce al adulto convertido a la profesión de su fe bautismal en la noche pascual”. Esta formación catecumenal ha de inspirar, en sus objetivos y en su dinamismo a las otras formas de catequesis” (DGC 59c cita de MPD 8). Cf. J. Carlos CARVAJAL BLANCO, “La iniciación en la fe y en la vida cristiana de quienes se incorporan a la comunidad eclesial”, en: Fabricio MERONI – Anastasio GIL (coords.), *La misión, futuro de la Iglesia. Missio ad-inter gentes* (PPC, Madrid 2018) 195-223, en especial 210-215.

esta opción eclesial: RICA cap. IV; EN 44; CT 44; ChL 61; RM 33... El mismo *Directorio General para la catequesis* desarrolla esta inspiración catecumenal en el cap. III de la Primera parte, especialmente en los n° 90-91.

No obstante, conviene entender bien lo que significa esta inspiración catecumenal. En ningún caso puede entenderse que esta inspiración sea algo externo a la catequesis iniciática, ni mucho menos potestativo. Al contrario, le es constitutivo. En esta nueva etapa evangelizadora en la que la Iglesia está empeñada, el catecumenado bautismal otorga la verdadera identidad a la catequesis. En realidad, existe una interpenetración entre la Iniciación cristiana, sea cual sea la modalidad en la que se desarrolle<sup>5</sup>, y la catequesis iniciática. No existe una verdadera iniciación sin una catequesis iniciática y ésta no adquiere su verdadera identidad si no se entiende y se pone al servicio de una verdadera iniciación o reiniciación cristiana.

Es preciso reconocer que nuestras comunidades (sacerdotes, catequistas...) no han llegado a comprender plenamente lo que supone la inspiración catecumenal de la catequesis. En muchos casos, esta inspiración se afirma como un tópico y los pasos dados en esta dirección no son más que un mero maquillaje de la catequesis de “inspiración escolar” que la mayoría de las veces realizamos. Hoy por hoy, la Iniciación cristiana sigue siendo un reto para todas las Iglesias del orbe cristiano y, en especial, para las Iglesias del continente europeo. Y, a estas alturas, todavía las comunidades eclesiales han de aprender a desarrollar unas catequesis verdaderamente iniciáticas.

- **En la Iniciación cristiana la acción catequética y la acción litúrgica se articulan al servicio del proceso espiritual de conversión.**

---

<sup>5</sup> Nos referimos: a la Iniciación cristiana de adultos no bautizados, a la de los adultos bautizados y a los de los niños, adolescentes y jóvenes bautizados o no, cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA (LXX Asamblea Plenaria), *La Iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones* (=IC) (27-XI-1998) 111-138. También Id., (CIV Asamblea Plenaria), *Custodiar, alimentar y promover la memoria de Jesucristo* (=Custodiar) (21-XI-2014) 19-21.

La Iniciación cristiana ha sido definida por los obispos españoles como un itinerario litúrgico-catequético-espiritual:

“La iniciación de los catecúmenos se hará gradualmente a través de un itinerario litúrgico-catequético-espiritual, como un camino de conversión y crecimiento en la fe que se desarrolla en el seno de la comunidad cristiana, estableciendo etapas a través de las cuales se va avanzando en la fe”<sup>6</sup>.

En efecto, la Iniciación cristiana es un proceso articulado por tres dimensiones: la dimensión catequética, la litúrgica y la espiritual; sin embargo, como bien subraya el texto, este proceso tiene su centro de gravedad en el camino espiritual de conversión por el que los que son iniciados van identificándose con Cristo hasta participar, en la Iglesia, de su filiación divina. La comunidad eclesial lo sabe y por eso, como instrumento del Espíritu, está atenta a la acción misteriosa pero real que el propio Espíritu realiza en aquellos que desean ser discípulos de Cristo.

En realidad, el proceso espiritual de conversión y de fe que estos siguen es la expresión de esa acción del Espíritu en su libertad. La comunidad, y en ella los catequistas y demás agentes, han de saber discernirla para poder acompañar la acción catequizadora y litúrgica a dicho proceso espiritual<sup>7</sup>. Por la catequesis (servicio a la Palabra) proyectarán la luz necesaria para que los que se inician puedan reconocer de qué modo Cristo les atrae a través de los movimientos espirituales que sienten. Y por las celebraciones litúrgico-sacramentales les darán a participar de los misterios de su Maestro y Señor y les procurarán la gracia necesaria para poder avanzar en el camino de su seguimiento<sup>8</sup>.

6 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA (LXXVIII Asamblea Plenaria), *Orientaciones pastorales para el catecumenado* (25-II al 1-III-2002) 12; con referencias a RICA 4, 9-40; IC 24-31; DGC 88-89.

7 El *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos* (RICA, Orientaciones previas, 5) es especialmente taxativo a este respecto: “El Ritual de la Iniciación se acomoda al camino espiritual de los adultos, que es variado según la gracia multiforme de Dios, la libre cooperación de los catecúmenos, la acción de la Iglesia y las circunstancias de tiempo y lugar”.

8 “El catecumenado promueve el crecimiento espiritual de los nuevos creyentes con la unidad de catequesis y liturgia. La catequesis, que es profundización de la

Para que el itinerario iniciático deje de ser pura formalidad y el acompañamiento de la acción catequética y litúrgica sea efectivo respecto al proceso espiritual, es preciso que la comunidad, a través de los miembros a los que se lo encomiende, desarrolle una labor de acompañamiento y de discernimiento del camino de conversión y de fe que siguen los que se inician. Un acompañamiento humano-espiritual que permita reconocer y sostener, según se va alumbrando, su experiencia de fe. Y un discernimiento dialógico que ayude a comprender sus movimientos espirituales y poder regular los elementos catequéticos-litúrgicos necesarios para su maduración.

- **La catequesis iniciática tiene un carácter integral**

De acuerdo con el Decreto *Ad gentes*, el catecumenado: “no es la mera exposición de dogmas y preceptos, sino la formación y el noviciado [*institutio et tirocinium*] debidamente prolongado de toda la vida cristiana” (AG14a). Esto significa que aunque la catequesis gira en torno a la exposición de la Palabra, su actividad tiene un carácter formativo. En efecto, tal como declara el *Directorio*, “la catequesis es una formación orgánica y sistemática”, “es un aprendizaje de toda la vida cristiana”, “una iniciación cristiana integral” (DGC 67).

Puestas en relación estas afirmaciones, el término “formación” tiene un especial significado. La catequesis iniciática tiene como objetivo que el discípulo de Cristo adquiera “la forma de su Señor”; es decir, que se configure con Él de modo que, al seguirle en la Iglesia, llegue “a pensar mejor como Él, a juzgar como Él, a actuar de acuerdo con sus mandamientos, a esperar como Él nos invita a ello” (CT 20b; cf. DGC 52b; 116b). Para que la formación catequística conduzca realmente a esta configuración del cristiano con su Maestro divino es necesario tener en cuenta dos cosas:

---

Palabra, suscita el conocimiento y el desarrollo de la fe, así como el seguimiento del Señor para una fructuosa recepción de los sacramentos de la regeneración. Por su parte, la liturgia, sobre todo la participación en la primera parte de la eucaristía, y los escrutinios y exorcismo se convierten en decisiva experiencia espiritual con las que sostener la fe de los creyentes y su combate cristiano. Esta unidad entre catequesis y liturgia se hace más patente en la formación cuaresmal” (*Custodiar*, 19 [pág. 32]).

- La catequesis formativa exige poner en correlación las diversas dimensiones de la vida cristiana con las correspondientes facultades humanas de los que se inician: la dimensión doctrinal con la facultad cognitiva, la ético-evangélica con la volitiva, la comunitario-celebrativa con la relacional, la oracional-celebrativa con la transcendente, la evangelizadora con la social.
- A su vez, esta correlación, llamémosla vital, solo puede ser el resultado de unos entrenamientos diversos, en los que el que es iniciado va haciendo suya la vida cristiana que la Iglesia trasmite. Ciertamente, estos entrenamientos, tanto en los significados que comportan como por las experiencias que procuran, exigen ser iluminados por la Palabra divina y su explicitación doctrinal, por eso se llama catequesis.
- **La catequesis iniciática tiene un carácter procesual**

Este carácter integral de la catequesis, con su carácter transformativo del discípulo a semejanza de su Maestro (cf. DGC 55<sup>a</sup>), pone en el centro *la relación entre la gracia y la libertad del hombre*<sup>9</sup>. Como hemos indicado anteriormente, la acción de la gracia tiene siempre un carácter misterioso, no obstante su actividad se manifiesta en la respuesta libre del creyente: respuesta de fe (adhesión al Evangelio) y conversión (cambio de vida en el seguimiento de Cristo). El acompañamiento en la catequesis pasa necesariamente por reconocer, en el que es iniciado, los movimientos espirituales y vitales en la dirección del Evangelio, también sus combates personales, y favorecer su respuesta de fe y conversión.

Esto, a la luz del RICA, pasa necesariamente por marcar unos grados y tiempos que estructuren el proceso que han de seguir los que se inician<sup>10</sup>.

- *Los grados* (El Rito de entrada en el Catecumenado, el Rito de elección y la Celebración de los Sacramentos de la Iniciación cristiana) son

---

9 Ver el capítulo 2: “Una evangelización al servicio del Dios vivo”, de nuestro libro: *Evangelizadores al servicio del Espíritu* (PPC, Madrid 2018) 47-74.

10 Cf. RICA, Observaciones previas, 6-7; DGC 88; IC 24-31; Custodiar, 17-18.

“puertas” de paso o “escalones” de subida en el proceso iniciático y suponen unos saltos cualitativos en el itinerario del alumbramiento en la fe que exigen ser discernidos y acompañados.

- *Los tiempos* (precatecumenado, catecumenado, iluminación o purificación, mistagogía) son los periodos en los que se madura el paso que se ha dado y se prepara el siguiente. Cada tiempo tiene unas características propias y reclama unos modos particulares de acompañamiento, de proponer y celebrar la Palabra, de presencia de la comunidad...

La catequesis iniciática no es un proceso lineal, uniforme. Si no se desea reducir los grados y tiempos que la articulan a una mera estructura formal, es preciso prever momentos de acompañamiento, tiempos intensos de discernimiento e intervenciones diversas por parte del catequista, del padrino, de los ministros y del conjunto de la comunidad cristiana. Estas acciones, en cierta manera, hay que programarlas, pero se ha de hacer de tal modo que se ajusten al itinerario personal de cada catecúmeno-catequizando.

## **EL ACOMPAÑAMIENTO EN LA CATEQUESIS, CLAVES DE ARTICULACIÓN<sup>11</sup>**

Para arrancar nuestra exposición traemos la definición descriptiva que los obispos españoles hacen de la Iniciación cristiana.

“La Iniciación cristiana tiene su origen en la iniciativa divina y supone la decisión libre de la persona que se convierte al Dios vivo y verdadero, por la gracia del Espíritu, y pide ser introducida en la Iglesia. Por otra parte la Iniciación cristiana no se puede reducir a un

---

<sup>11</sup> Como referencia de nuestra exposición remitimos a la tesis doctoral de Fco. Julián ROMERO GALVÁN, *El acompañamiento eclesial en el proceso de a Iniciación cristiana: el itinerario espiritual del RICA* (Ediciones Universidad San Dámaso, Madrid 2018) en especial 327-505. También la obra de A. ÁVILA, *Acompañamiento pastoral* (PPC, Madrid 2018). Desde otra perspectiva también es iluminadora la obra de X. Manuel DOMÍNGUEZ PRIETO, *El arte de acompañar* (PPC, Madrid 2017). Y para unas orientaciones concretas cf. SECRETARIADO DIOCESANO PARA LA INICIACIÓN CRISTIANA DE LOS ADULTOS (TURÍN), *Acompañar a los catecúmenos. Guía práctica para los acompañantes* (CCS, Madrid 2012).

simple proceso de enseñanza y de formación doctrinal, sino que ha de ser considerada una realidad que implica toda la persona, la cual ha de asumir existencialmente su condición de hijo de Dios en el Hijo Jesucristo, abandonando su anterior modo de vivir mientras realiza el aprendizaje de la vida cristiana y entra gozosamente en la comunión de la Iglesia, para ser en ella adorador del Padre y testigo del Dios vivo” (IC 18).

Esta definición tiene la virtualidad de recoger, de un modo integrado, los diversos elementos que integran la Iniciación cristiana y a los cuales debe responder la catequesis iniciática. También nos ayuda a detectar los diversos aspectos del acompañamiento que deben darse en el proceso iniciático, manifestando inequívocamente su articulación en la misma raíz. Las diversas modulaciones del acompañamiento que a continuación describimos siempre se han de comprender articuladas y en correlación mutua. Cada uno de los apartados que siguen están articulados por dos sub-apartados, el primero toma pie de algún elemento de la anterior definición sobre la Iniciación cristiana e indica el tipo de itinerario que implica; el segundo esboza la modulación que en ese itinerario reclama el acompañamiento.

### **Carácter “sobrenatural” de la iniciación cristiana: participación en la vida divina**

- Itinerario espiritual. Hacia la comunión con Cristo

La definición que encabeza este apartado, ante todo pone en valor *el carácter sobrenatural de la Iniciación cristiana*. Diversas son las expresiones que lo manifiestan:

- “*La Iniciación cristiana tiene su origen en la iniciativa divina*”. Así es, Dios ha destinado al ser humano a participar de su comunión divina. En el cumplimiento de esta vocación consiste el logro de la verdadera felicidad. Sin embargo, el cumplimiento de esta vocación divina no está al alcance del hombre. La llamada que Dios le ha hecho por gracia, Él mismo quiere cumplirla por gracia. A partir del acontecimiento salvífico de Jesucristo, el Hijo de Dios, la Iniciación cristiana

es justamente el modo ordinario que Dios ha establecido para realizar esta obra de salvación. Esta dimensión gratuita de la Iniciación cristiana es subrayada con especial vigor por los obispos españoles:

“La Iniciación cristiana es un don de Dios que recibe la persona humana por la mediación de la Madre Iglesia. Sólo Dios puede hacer que el hombre renazca en Cristo por el agua y el Espíritu; sólo Él puede comunicar la vida eterna e injertar al hombre como un sarmiento, a la Vid verdadera, para que el hombre, unido a Él, realice su vocación de hijo de Dios en el Hijo Jesucristo, en medio del mundo, como miembro vivo y activo de la Iglesia” (IC, 9).

- La Iniciación cristiana tiene como meta que el discípulo de Jesús “realice su vocación de hijo de Dios en el Hijo Jesucristo”<sup>12</sup>. Esta afirmación tiene una especial importancia porque existe la idea de que el conocimiento de Jesús está al alcance del hombre, incluso un determinado nivel de seguimiento. Sin embargo, ésta es, justamente, la tentación neo-gnóstica y neo-pelagiana que avisa el papa Francisco que acecha a muchos cristianos en el modo que tienen de vivir y transmitir la fe<sup>13</sup>. En realidad, para esquivar el carácter sobrenatural del conocimiento de Cristo es preciso devaluar la novedad que aporta tanto en su persona como en su vida.

Al misterio salvífico de Cristo sólo se tiene acceso por la comunión con Él, por la participación en su filiación divina; y esto siempre es obra de la gracia divina. Cristo mismo es la gracia, Él es el don que Dios nos hace, para con Él introducirnos en su misterio trinitario. Al respecto son significativas las palabras de Juan Pablo II: “El fin definitivo de la catequesis es poner a uno no sólo en contacto sino en comunión, en intimidad con Jesucristo: solo Él puede conducirnos al amor del Padre en el Espíritu y hacernos partícipes de la vida de la Santísima Trinidad” (CT 5b, citado por CCE 426 y DGC 80). La catequesis iniciática tiene como tarea favorecer el encuentro

<sup>12</sup> Cf. CARVAJAL BLANCO, “La iniciación en la fe y en la vida cristiana...”, 216-217.

<sup>13</sup> Cf. FRANCISCO, *Exhortación apostólica* “Gaudete et exsultate” (19-III-2018) 35-62. También CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta* “Placuit Deo” a los obispos de la Iglesia católica sobre algunos aspectos de la salvación cristiana (1-III-2018).

transformador con Jesucristo, de modo que al ayudar a entrar en comunión con Él, su gracia propicie “la identidad de experiencia humana entre Jesús, Maestro, y el discípulo, y enseñe a pensar como él, obrar como él, amar como él” (DGC 116c, referencia CT 20b).

- “*Obrado por la gracia del Espíritu*”. Tal y como venimos diciendo, esta obra de identificación transformadora del discípulo con su Maestro y Señor, sólo la puede realizar la gracia del Espíritu. En efecto, al igual que el Espíritu ungió la humanidad de Jesús para que se uniera a la obra salvífica del Verbo divino, del mismo modo el Espíritu va realizando su obra en los discípulos de Jesucristo para unirlos a Él y consumir su divinización por la fe y la recepción de los sacramentos de Iniciación.

El Espíritu Santo es el que hace posible la participación de los que son iniciados en la realidad divino-humana de los misterios de Cristo: “todo lo que Cristo vivió hace que podamos vivirlo en Él y que Él lo viva en nosotros” (CCE 521). La centralidad de la acción del Espíritu en el proceso espiritual de conversión de los que son iniciados es lo que exige que el acompañamiento catequético sea ante todo un acompañamiento mistagógico.

- **Acompañamiento mistagógico<sup>14</sup>: al encuentro con el Misterio de Dios en Jesucristo**

Aunque la “mistagogía” es la última etapa de la Iniciación cristiana, sin embargo, en nuestra opinión, todo el acompañamiento que se ofrezca en el itinerario catequético ha de tener un carácter mistagógico. Esto exige que el catequista, y demás acompañantes, mantengan siempre en el horizonte que los que se inician entren en contacto y se abismen en el Misterio divino revelado en Jesucristo. En realidad, los acontecimientos de la vida, las experiencias personales, las mediaciones eclesiales, la misma persona del catequista..., ad-

---

14 Para los fundamentos de lo que aquí decimos, cf. CARVAJAL BLANCO, *Evangelizadores al servicio del Espíritu*, cap. 3: “El evangelizador. Mistagogo de la fe”, 75-105. También J. MARTÍN VELASCO, “Por una pastoral renovada de la experiencia cristiana”, en: INSTITUTO SUPERIOR DE PASTORAL, *Invitar hoy a la fe* (Verbo divino, Estella 2013) 267-306.

quieren su último y verdadero sentido cuando se ponen al servicio y propician el encuentro entre el Dios, que se dona a sí mismo, y el discípulo de Jesús, que lo busca y recibe en la fe.

“La fe nace del encuentro con el Dios vivo, que nos llama y nos revela su amor, un amor que nos precede y en el que nos podemos apoyar para estar seguros y construir la vida. Transformados por este amor, recibimos ojos nuevos, experimentamos que en él hay una gran promesa de plenitud y se nos abre la mirada al futuro. La fe, que recibimos de Dios como don sobrenatural, se presenta como luz en el sendero, que orienta nuestro camino en el tiempo”<sup>15</sup>.

Aquí las palabras clave son *encuentro y relación*. Encuentro y relación con una Presencia misteriosa que trasciende aquello en lo que se hace presente. En efecto, en un tiempo marcado por el secularismo y el laicismo, en el que el misterio de Dios parece eclipsado y nuestros contemporáneos dan la impresión de haber perdido el sentido de lo divino, la recuperación de esta dimensión misteriosa es fundamental para la catequesis de hoy y ha de ser un elemento sustantivo del quehacer del catequista y demás acompañantes.

Pero, ¿qué elementos pueden favorecer este acompañamiento mistagógico? Ante todo, este tipo de acompañamiento exige un acompañante mistagogo, es decir, alguien que tiene experiencia del Misterio cristiano y está en disposición de acompañar a otros hacia ese Misterio. En la catequesis de inspiración catecumenal, la mistagogía es más una sensibilidad que una metodología. El acompañamiento con sensibilidad mistagógica es el que es capaz de promover el sentido del Misterio. Sentido que no saca al acompañado de su realidad cotidiana, sino que le invita a afrontarla en toda su densidad para poder reconocer la llamada del Misterio que en ella late. Dos experiencias troncales pueden abrir este sentido del Misterio:

- Al ser humano le es dado todo, incluso su propia persona y existencia. Esta experiencia de contingencia siempre remite a una acción antecedente gratuita: al momento del origen y también a un sostén

---

15 FRANCISCO, *Carta encíclica* “Lumen fidei” (=LF) (29-VI-2013) 4.

permanente que trasciende cualquier tipo de circunstancia y confirma al hombre en su existencia. Este mantenerse vivo y, además, desear vivir, en su misma raíz y consideración, resulta misterioso.

- Pero, a la vez, en la vida cotidiana y de múltiples modos, todo varón y mujer que viene a este mundo experimenta un deseo de felicidad y plenitud que nunca queda satisfecho con el cumplimiento de los deseos en los que se proyecta. Este deseo inagotable, siempre lleva a la persona más allá de ella misma: “El hombre supera infinitamente al hombre” (Pascal). Esta inadecuación que siente el ser humano consigo mismo, tarde o temprano, le hace enfrentarse a su propio misterio.

El acompañamiento mistagógico ha de ayudar a poner en relación este misterio que envuelve lo humano y brota en el corazón de la vida, con el Misterio de Dios revelado en Jesucristo. La catequesis con sensibilidad mistagógica busca que el anuncio del Evangelio y las celebraciones litúrgicas hallen eco en la vida del que se inicia, es decir, que le permitan atravesar la densidad de las cosas y se sienta invitado a reconocer en Jesucristo, “la imagen de Dios invisible” (cf. Col 1,15), el Misterio divino que todo lo sostiene. Jesucristo revela que él es el Hijo que se recibe permanentemente del Padre; y respecto al hombre, es el que abre y garantiza el logro de la felicidad que aspira.

Para que este acompañamiento mistagógico no promueva una experiencia de tipo subjetivista, ha de ayudar a poner en relación tres elementos<sup>16</sup>:

- *La historia de la salvación consumada en la pascua de Cristo.* Este es el Misterio cristiano que se hace contemporáneo en las celebraciones litúrgico-sacramentales y en la vida de la Iglesia, en general. Los que se inician ha de ser acompañados a introducirse en este Misterio para que su historia vital sea interpretada a la luz de la historia salvífica que Dios ha llevado con su Pueblo y se encienda en ellos el deseo de participar de la victoria pascual de su Hijo, Jesús.

---

16 Cf. BENEDICTO XVI, *Exhortación* “Sacramentum caritatis” (22-II-2007) 64; también *Custodiar*, 12e.

**290** *El acompañamiento en la catequesis iniciática.*  
*Elementos para su articulación*

- *Los ritos y celebraciones litúrgicas donde se conmemora dicha acción salvadora de Dios.* A la Iniciación cristiana le es esencial su dimensión litúrgica, sin ella el que es iniciado no puede entrar en contacto con el Misterio de Cristo. Los ritos y palabras que articulan las celebraciones son ahora “la carne” en la que Cristo sale al encuentro de los que quieren ser sus discípulos y les da a participar de su gracia.
- *Y la vida cristiana de los que son iniciados.* La vida es el ámbito privilegiado en donde el discípulo de Jesús se va identificando existencialmente con su Maestro y Señor y donde puede hacer experiencia espiritual de la gracia que va recibiendo en el proceso iniciático. La condición es que se esfuerce en ir poco a poco acompañando su vida a la vida de la comunidad cristiana, de modo que pueda hacer suya la vida crística de la que vive la Iglesia.

Una Iniciación cristiana que quiera respetar su carácter sobrenatural, resulta esencial que tenga en cuenta un acompañamiento mistagógico capaz de poner en correlación estos tres elementos. Poco importa por cuál de ellos empiece, pero para que la catequesis introduzca verdaderamente en el Misterio cristiano, es preciso que el catequista manifieste cómo los tres elementos se reclaman y se implique personalmente en acompañar su vital articulación.

### **La respuesta del discípulo de Cristo en la fe**

- **Itinerario de conversión y de fe. Respuesta libre del hombre**

La acción de la gracia sólo es acogida por el hombre en un ejercicio de libertad. En realidad, no hay proceso iniciático si el creyente no acoge en la fe el anuncio cristiano y se convierte a los caminos de Jesucristo. Esto se desprende de la definición de Iniciación cristiana que hemos citado al inicio. Varias expresiones nos indican el alcance de lo que decimos:

- La Iniciación cristiana “*supone la decisión libre de la persona que se convierte al Dios vivo y verdadero*” (cf. DGC 53-75). La catequesis iniciática no es mera información, tiene siempre un carácter propositivo. El anuncio y explicación que la catequesis hace del Evangelio siempre

busca mover a su interlocutor hacia la fe y reclama un acto de conversión que se concreta en el seguimiento de Jesucristo.

En efecto, del encuentro personal con Jesucristo brota la fe, la cual supone la entrega confiada al Dios que se revela y la aceptación de su proyecto salvador sobre la propia vida. Esta fe se verifica en un verdadero cambio de vida, en la “metanoia”: tras el encuentro con Jesús el discípulo sale de sí mismo, de sus propios intereses y proyectos, y, en el seguimiento de su Maestro y Señor, comienza un nuevo modo de vivir en el que va siendo transformando desde el centro de su libertad. Este proceso transformativo implica toda su persona. El discípulo no ofrece sólo su mente ni sus buenos sentimientos ni tan sólo una vida moral. Movidio por la gracia del Espíritu, hace entrega de sí a su Maestro y Señor para, en su seguimiento, abrirse a la nueva vida que le ha alcanzado en su Pascua.

- El itinerario de fe y conversión supone, por parte del que se inicia, “asumir *existencialmente su condición de hijo de Dios en el Hijo Jesucristo*”. El don del Espíritu, ya sea entregando de un modo antecedente a lo largo del proceso iniciático ya sea consumado por la celebración de los sacramentos de Iniciación, ha de encontrar traducción existencial en la vida del que se inicia. Su existencia se ha de ir configurando según el patrón de vida que halla en Jesucristo, el Hijo de Dios. Patrón que no ha de ser reproducido de un modo voluntarista-externo, sino que ha de ser el resultado de su interiorización. En este proceso, como dicen los obispos españoles, el discípulo de Jesús “abandona su anterior modo de vivir”, bien porque suponía un desorden moral bien porque vivía sin referencia Dios y a su gracia, y se entrega al “aprendizaje de la vida cristiana” que le ofrece la Iglesia.

Este proceso de transformación que supone la Iniciación cristiana lleva necesariamente el sello pascual: “Los discípulos emprenden, así, un camino de transformación interior en el que, participando del misterio pascual del Señor, ‘pasan del hombre viejo al hombre nuevo en Cristo’ (AG 13)” (DGC 85c). Certo, aunque este proceso transformador siempre es fruto de la gracia, del que se inicia se exi-

ge un verdadero *combate de la fe*, en el cual no es desdeñable el trabajo ascético<sup>17</sup>. Trabajo ascético que, a pesar de las renunciaciones que exige, está alentado de manera positiva por el deseo que tiene el cristiano de hacerse semejante a su Maestro y Señor.

### - **Acompañamiento humano-espiritual**

La respuesta de fe siempre es un acto libre, pues es en el ejercicio de la libertad que la adhesión al Evangelio y el seguimiento de Jesucristo adquiere su verdadero valor. El que desea ser discípulo de Cristo ha de reconocerse libre a la hora de recorrer el camino de la fe que le propone la Iglesia. También ha de ser capaz de liberarse de la presión social y cultural que pueda sufrir en razón de su respuesta. E incluso ha de trabajar por liberarse de sí mismo, iniciando un proceso constante de purificación de sus intenciones y procurando madurar su respuesta.

Sin embargo, este proceso de liberación no es posible sin la apertura a la acción del Espíritu, pues como declara el apóstol Pablo: “donde está el Espíritu del Señor, hay libertad” (2 Co 3,17). Esta advertencia es fundamental, pues hoy es contracultural concebir la libertad en dependencia de la gracia divina. El papa Francisco lo hace notar:

“Necesitamos ‘consentir jubilosamente que nuestra realidad sea dádiva, y aceptar aun nuestra libertad como gracia. Esto es lo difícil hoy en un mundo que cree tener algo por sí mismo, fruto de su propia originalidad o de su libertad’” (*Gaudete et exsultate*, 55).

Esto reclama, por parte del que se inicia, aprender a discernir para saber si sigue los caminos de la libertad evangélica o sus propios caminos. Nuevamente nos iluminan las palabras del Papa:

---

17 “El camino de la perfección pasa por la cruz. No hay santidad sin renuncia y sin combate espiritual (cf. 2 Tm 4). El progreso espiritual implica la ascesis y la mortificación que conduce gradualmente a vivir en la paz y el gozo de la bienaventuranza” (CCE 2015).

“Somos libres, con la libertad de Jesucristo, pero él nos llama a examinar lo que hay dentro de nosotros –deseos, angustias, temores, búsquedas– y lo que sucede fuera de nosotros –los ‘signos de los tiempos’– para reconocer los caminos de la libertad plena: ‘Examinadlo todo; quedaos con lo bueno’ (1 Ts 5,21)” (*Gaudete et exsultate*, 168).

En la catequesis, el acompañamiento en su dimensión humana ha de tener como objetivo la promoción de esta libertad. El catequista y/o padrino han de ser celosos de que su acompañado no solo se sienta libre (sentido subjetivo), sino que responda libremente al camino de la fe. Aquí es necesario que le ayuden a descubrir la conexión entre la gracia y la libertad, para que aceptando la dependencia de la acción divina, tenga la libertad de dar los pasos que le exige el itinerario iniciático. Estos pasos, sin duda, conducen por el camino de Jesucristo para ir poco a poco identificándose con Él. Seguir a Cristo en el surco de la propia vida es andar por la senda de la libertad.

Pero, ¿qué elementos pueden favorecer este acompañamiento humano-espiritual? La condición primera para que sea posible un acompañamiento con calidad humana es la creación de unas relaciones fraternas entre el catequista, y demás acompañantes, y los que siguen el proceso iniciático<sup>18</sup>. Estas relaciones fraternas tienen su último fundamento en la consideración que el propio catequista tiene de sí mismo como discípulo de Jesús. Las funciones eclesiales que el catequista y el padrino tienen encomendada, en ningún caso, ignoran esta condición. Ellos siguen siendo discípulos-hermanos de Jesús, el Hijo de Dios, y, justamente, por ello pueden reconocer en los que acompañan a otros hermanos con los que compartir la propia experiencia de fe.

Esta relación fraterna exige, por parte de los catequistas, un tipo de catequesis que tiene como condición el desvelamiento de la propia experiencia de fe: dan testimonio de la fe de la Iglesia, pero acogida en la propia experiencia creyente. De este modo, podrán investirse de una autoridad que no será puramente funcional (conferida por la comunidad), sino que adquirirá una nueva legitimidad en la calidad de su propio testimonio.

18 Cf. ÁVILA, *Acompañamiento pastoral*, 101-105.

**294** *El acompañamiento en la catequesis iniciática.*  
*Elementos para su articulación*

No cabe duda de que la relación entre los catequistas y catecúmenos exigen habilidades humanas y sociales (capacidad de acogida y escucha, paciencia y flexibilidad, atención y empatía...); sin embargo, será desde el marco fraterno del que hablamos que esas habilidades adquirirán su último sentido y se proyectarán como un verdadero testimonio. El trato fraterno tiene la capacidad de facilitar las relaciones de proximidad y de ayuda, sin que ésta resulte humillante. Es también el ámbito privilegiado para el diálogo confidencial, en el que los iniciados podrán desvelar las dificultades que tienen en su seguimiento de Cristo y compartir las mociones del Espíritu que encuentran eco en el corazón.

Por otro lado, hoy, en el contexto social y cultural actual que nos toca vivir, no hay que dar por supuesta la madurez humana de los que se acercan a la fe, especialmente en aquellos aspectos que apuntan al sentido de la trascendencia y a la capacidad de responder libremente. En este sentido el acompañamiento humano-espiritual se ha de preocupar de ayudar a poner las bases humanas de la respuesta religiosa. Algunas indicaciones para esta tarea:

- El catequista ha de *ayudar a superar el círculo cerrado de la inmanencia* que tiende a enclaustrar al que se inicia sobre sí mismo. Unas veces su cerrazón vendrá determinada por una razón polarizada en lo científico-técnico; otras por un estilo de vida superficial, intrascendente, donde difícilmente surgen las grandes cuestiones; y otras por una actitud egocéntrica que hace que el sujeto se considere el centro de todo.
- Para ayudar a salir de este círculo cerrado, el catequista ha de *provocar un cierto grado de insatisfacción* en el que acompaña; ha de promover en él la sed de plenitud que porta en el fondo de su corazón; y ha de ayudarlo a renovar la atracción que sintió por el Evangelio y el deseo de seguir a Cristo que le llevaron a la catequesis.
- Para que estas disposiciones no queden en buenos propósitos, es fundamental que los catequistas ofrezcan *un itinerario catequético claro tanto en sus etapas como en los objetivos* que se han de conseguir en cada una de ellas. De este modo, se invitará al que se inicia a que tome las decisiones necesarias para recorrer el camino que lleva a la confesión de la fe.

## Bajo la mediación eclesial

### - Itinerario eclesial

En palabra del *Directorio*, “la catequesis es una acción esencialmente eclesial. El verdadero sujeto de la catequesis es la Iglesia” (DGC 78)<sup>19</sup>. De acuerdo con esta afirmación, la Iglesia es la responsable de la Iniciación cristiana de sus miembros, no sólo porque es la primera destinataria del mandato misionero de Jesucristo y nadie puede iniciar o iniciarse al margen de la Iglesia. Ni tampoco por un motivo funcional, esto es, porque todos los miembros de la comunidad eclesial, cada uno a su modo, contribuyen en la iniciación de los nuevos integrantes. La catequesis es una acción esencialmente eclesial porque, ante todo, supone el ejercicio maternal de la Iglesia, lo cual comporta un carácter sacramental. La catequesis iniciática, como acción de la Iglesia, constituye un espacio matriz de comunión donde se alumbran los hijos de Dios. Por eso, según palabras de los obispos españoles, la persona que desea iniciarse cristianamente “pide ser introducida en la Iglesia” y su camino de iniciación supone “entrar gozosamente en la comunión de la Iglesia, para ser en ella adorador del Padre y testigo del Dios vivo”.

Tal como declara San Cipriano: “Nadie puede tener a Dios por Padre si no tiene a la Iglesia por Madre”<sup>20</sup>. Dios engendra a sus hijos a través de la Iglesia, ella es el seno maternal en el que los hijos de Dios nacen a la vida divina. Entendamos bien el alcance de estas afirmaciones. Sin duda, la Iglesia se manifiesta ante el mundo a través de una estructura social y su actividad evangelizadora pasa necesariamente por unas acciones determinadas. Esto puede hacer que se la tome como un grupo social entre otros. No obstante, al contemplarla en profundidad, a la luz de la fe, la Iglesia se revela como una realidad teándrica, misteriosa. En ella, el elemento divino y humano están tan unidos que el Concilio establece una cierta analogía con el misterio del Verbo encarnado:

19 Como marco de este punto ver nuestro trabajo “Comunidad cristiana, comunidad iniciática”: *Teología y Catequesis* 131 (2015) 97-130.

20 SAN CIPRIANO, *De Ecclesiae catholicae unitate*, 6, PL 4, 503°. Cf. E. SANTAYANA LOZANO, “La tarea de iniciar en la vida común”: *Teología y Catequesis* 120 (2011) 113-136.

“En efecto, así como la naturaleza humana asumida está al servicio del Verbo divino como órgano vivo de salvación que le es indisolublemente unido, de la misma manera el organismo social de la Iglesia está al servicio del Espíritu de Cristo, que le da vida para que el cuerpo crezca (cf. Ef 4,16)” (LG 8).

De este modo, en su actividad iniciática se da una verdadera conjunción (sinergia) entre la actividad visible de la Iglesia y la acción invisible, pero real, del Espíritu que la habita<sup>21</sup>. En virtud de esta conjunción, la comunidad cristiana tiene la capacidad de transmitir a sus hijos la vida divina de la que ella misma vive. La Iglesia engendra hijos al transmitir la vida que ella recibe bajo la acción del Espíritu<sup>22</sup>. Esto supone que el contacto con la comunidad cristiana no es accesorio y menos potestativo; antes bien, es la condición necesaria para que la Iniciación cristiana llegue a buen puerto<sup>23</sup>. El *Directorio* ofrece dos expresiones felices que subrayan esta exigencia:

- “*La comunidad cristiana es el origen, lugar y meta de la catequesis*” (DGC 254, 158). La catequesis iniciática siempre es iniciativa de la comunidad cristiana, se desarrolla en su seno y tiene como meta la incorporación a la comunión eclesial.
- “*La comunidad cristiana es en sí misma catequesis viviente*. Siendo lo que es, anuncia, celebra, vive y permanece siempre como el espacio

---

21 “Puede hablarse, por tanto, de una verdadera *sinergia* o actuación común en la obra de nuestra redención, entre Cristo y su esposa la Iglesia, entre el don del Espíritu Santo y la acción de la Iglesia” (IC 13a).

22 “Lo que enseñaron los Apóstoles encierra todo lo necesario para que el Pueblo de Dios viva santamente y aumente su fe, y de esta forma la Iglesia, en su doctrina, en su vida y en su culto perpetúa y transmite a todas las generaciones todo lo que ella es, todo lo que cree”. (DV 8)

23 “La fe necesita un ámbito en el que se pueda testimoniar y comunicar, un ámbito adecuado y proporcionado a lo que se comunica. Para transmitir un contenido meramente doctrinal, una idea, quizás sería suficiente un libro, o la reproducción de un mensaje oral. Pero lo que se comunica en la Iglesia, lo que se transmite en su Tradición viva, es la luz nueva que nace del encuentro con el Dios vivo, una luz que toca la persona en su centro, en el corazón, implicando su mente, su voluntad y su afectividad, abriéndola a relaciones vivas en la comunión con Dios y con los otros” (LF 40b).

vital indispensable y primario de la catequesis” (DGC 141b). Antes que cualquier desarrollo pedagógico, por muy necesario que este sea, el contacto con la comunidad cristiana (realidad teándrica) pone en contacto con la acción misteriosa del Espíritu mediada y esclarecida por su propia experiencia de fe.

La consecución de una verdadera Iniciación cristiana pasa porque la existencia del creyente se convierta en una “existencia eclesial” (LF 22). El papa Francisco explica el alcance de esta expresión:

“El creyente aprende a verse a sí mismo a partir de la fe que profesa: la figura de Cristo es el espejo en el que descubre su propia imagen realizada. Y como Cristo abraza en sí a todos los creyentes, que forman su cuerpo, el cristiano se comprende a sí mismo dentro de este cuerpo, en relación originaria con Cristo y con los hermanos en la fe. La imagen del cuerpo no pretende reducir al creyente a una simple parte de un todo anónimo, a mera pieza de un gran engranaje, sino que subraya más bien la unión vital de Cristo con los creyentes y de todos los creyentes entre sí (cf. *Rm* 12,4-5)” (LF 22).

- **Acompañamiento eclesial**

En este punto, la expresión “acompañamiento eclesial” apunta a un doble sentido:

- “*Acompañamiento de la Iglesia*”, es decir, el acompañamiento que la comunidad cristiana en su conjunto debe realizar respecto a sus nuevos miembros. En efecto, desde el momento en que alguien comienza el proceso iniciático (Rito de entrada en el catecumenado en el caso de los no bautizados), ya es miembro de la comunidad cristiana y la comunidad lo ha de tomar como tal. A partir de ese instante, la comunidad está llamada a tejer con él una trama de relaciones fraternas, entre las que destaca, evidentemente, la del catequista y el padrino, pero en la que los demás miembros (sacerdotes, miembros cualificados, la comunidad en su conjunto) también se han de hacer cercanos.

- Y “*acompañamiento hacia la Iglesia*”, esto es, el acompañamiento que tiene por objetivo que los que son iniciados puedan concluir su iniciación incorporándose en la comunidad eclesial. Aquí tiene un papel fundamental el catequista. Así es, el catequista se ha de presentar ante los que catequiza como un enviado de la comunidad y, por tanto, como nexo de unión con ella. Su trabajo de vinculación debe ir en un doble sentido: en primer lugar ha de procurar que los que son iniciados entren en contacto personal con los miembros de la comunidad y con la comunidad misma. En segundo lugar, y atendiendo a la clave mistagógica que hemos expuesto más arriba, el catequista ha de ayudar a vincularse a la comunidad desvelando a los catecúmenos el misterio que en ella habita. La vinculación eclesial siempre es vinculación al Dios que por medio de su Espíritu actúa en el Cuerpo de su Hijo Jesús.

Evidentemente, estos dos sentidos son complementarios: solo una comunidad que acompaña podrá ser reconocida como destino por aquellos que son iniciados en la fe y, por otro lado, estos sólo se sentirán atraídos por la comunidad si al ser acompañados reconocen en ella el misterio divino que tanto anhelan.

Pero, ¿qué elementos pueden favorecer este acompañamiento eclesial? Sea cual sea el sentido en que se tome, este acompañamiento debe tener como objetivo crear *el sentido de fraternidad*. La comunidad cristiana es la familia de Dios Padre, reunida en torno a su Hijo Jesús por la gracia de su Espíritu de Amor. Más allá otra interpretación este acompañamiento debe incidir en un sentido acendrado de filiación y de fraternidad en torno a Jesucristo. Por reconocerse hijos en el Hijo, se busca la incorporación a la fraternidad eclesial, y por ahondar en la experiencia de fraternidad, se profundiza en la experiencia de filiación que otorga la comunión con Cristo.

Ciertamente, tal y como indica el *Directorio*, “la vida cristiana en comunidad no se improvisa y hay que educarla con cuidado” (DGC 86a); por eso la iniciación en la vida fraterna pasa por el fomento de aquellas actitudes que Jesús enseñó a sus discípulos:

- El espíritu de sencillez y humildad (“Si no os hacéis como niños...” [Mt 18,3])
- La solicitud por los más pequeños (“El que escandalice a uno de estos pequeños...” [Mt 18,16]).
- La atención preferente por los alejados (“ir en busca de la oveja perdida...” [Mt 18,12]).
- La corrección fraterna (“amonéstale a solas tú con él...” [Mt 18,15]).
- La oración en común (“si dos se ponen de acuerdo para pedir algo...” [Mt 18,19]).
- El perdón mutuo (“Hasta setenta veces siete...” [Mt 18,22])

Por otro lado, tal como hemos dicho, el acompañamiento por parte del catequista y el padrino pasa necesariamente por facilitar el trato personal de los iniciandos con los miembros de la comunidad y con la comunidad misma. Para que esto sea posible los han de alentar para que participen en las actividades comunitarias y los han de acompañar en ellas; también se los han de animar a que se integren en alguna actividad evangelizadora de la propia comunidad; y, sobre todo, los han de ayudar a vivir la celebración eucarística como el sacramento de la comunión, donde la fraternidad cristiana se construye como tal.

También en este acompañamiento eclesial, el grupo iniciático tiene una función capital. El *Directorio* lo indica con claridad:

“Además de ser un elemento de aprendizaje, el grupo cristiano está llamado a ser una experiencia de comunidad y una forma de participación en la vida eclesial, encontrando en la más amplia comunidad eucarística su plena manifestación y su meta” (DGC 159c).

El grupo catequético es lugar privilegiado donde se promueve y se contrasta la experiencia personal de la fe. La fe en Jesucristo y el deseo de seguirle aparece como la condición para la constitución del mismo. Por eso el grupo es una especie de taller donde sus miembros se entrenan en aquellas actitudes humanas y cristianas que están llamadas a construir la fraternidad cristiana a partir de la gracia de la fe. En última instancia, el grupo iniciático constituye por sí mismo un espacio de acompañamiento, donde las relaciones de proximidad facilitan una cercanía y apoyo personal entre sus miembros. Sin duda, es en su seno donde mejor aparece dibujada la responsabilidad del catequista y su capacidad de estímulo.

### **Aprendizaje de la vida cristiana**

#### **- Itinerario de personalización de la vida de fe**

En más de una ocasión, el papa Francisco ha denunciado la tentación que hoy tenemos los cristianos de hacer una *reducción gnóstica de la fe*. Unas palabras suyas indican el alcance de este neo-gnosticismo:

“El gnosticismo supone ‘una fe encerrada en el subjetivismo, donde solo interesa una determinada experiencia o una serie de razonamientos y conocimientos que supuestamente reconfortan e iluminan, pero en definitiva el sujeto queda enclaustrado en la inmanencia de su propia razón o de sus sentimientos’” (*Gaudete et exsultate* 36, cita de EG 94).

La tentación gnóstica tiene como núcleo el intento de vivir un cristianismo desencarnado, reducido a puras abstracciones o meros sentimientos. Desde esta perspectiva, se ignora que una verdadera iniciación procura los medios para que el discípulo de Cristo pueda configurarse con su Maestro y Señor, de modo que todo lo que Jesucristo vivió los cristianos puedan vivirlo en él y él en ellos (cf. CCE 521; *Gaudete et exsultate* 20, 21). En este argumento se halla la última razón de por qué, como dice el texto de los obispos españoles, “*la Iniciación cristiana no se puede reducir a un simple proceso de enseñanza y de formación doctrinal*”. Es preciso que de una vez por todas se supere una catequesis de tipo escolar, centrada en la adquisición de meros conocimientos doctrinales.

Pero, en el otro extremo, tampoco hay que caer en una catequesis emotiva que busca la adhesión a la fe por vía emocional. La auténtica catequesis iniciática reclama, en palabra de los obispos, un “*aprendizaje de la vida cristiana*”. ¿Qué significa esto?

Tal como hemos indicado más arriba, la configuración con Cristo pasa necesariamente por un dinamismo espiritual por el que la libertad del que se inicia se abre a la acción de la gracia. Pero, como este dinamismo está llamado a procurar una vida nueva, no puede quedar reducido a un hecho interior. El discípulo de Jesús debe aprender a vivir de un modo nuevo que le asemeje a Cristo. Entendamos bien lo que decimos.

La fe tiene una “estructura encarnada” (cf. LF 42a), por tanto, el nuevo modo de vida no es la resultante espontánea del proceso espiritual. Este, sin duda, es su impulso original, porque en él palpita la acción de la gracia divina sobre la libertad del que es iniciado. Pero requiere un aprendizaje, por ejercitación o entrenamiento, de las diferentes dimensiones de la vida cristiana, camino por el que se concreta la conversión y el modo de dar forma cristiana al impulso espiritual. Si no se tuviera en cuenta este aprendizaje por ejercitación, el proceso iniciático cedería a la tentación gnóstica que denuncia el Papa. Así, para que los discípulos entren en una comunión identificativo con su Maestro y Señor, es preciso que sean iniciados, a través de entrenamientos diversos, en todas las dimensiones de la fe que procuran una vida semejante a la de Jesucristo. Estas son las llamadas *tareas de la catequesis*.

“Las tareas de la catequesis corresponden a la educación en las diferentes dimensiones de la fe, ya que la catequesis es una formación cristiana integral, ‘abierta a todas las esferas de la vida cristiana’ (CT 21b). En virtud de su misma dinámica interna, la fe pide ser conocida, celebrada, vivida y hecha oración. La catequesis debe cultivar cada una de estas dimensiones” (DGC 84b).

Para hacernos cargo de este texto es necesario tomar nota de dos de sus apreciaciones. La primera es la referencia a la “*formación cristiana integral*”. Repetimos lo dicho más arriba: la integralidad apunta tanto al conjunto de la vida cristiana como a la totalidad de facultades de la persona que inicia, por eso es

preciso poner en correspondencia todas las dimensiones de la vida cristiana con todas las facultades del creyente. La segunda es la referencia a que “*la catequesis debe cultivar cada una de esas dimensiones*”. Nosotros utilizamos los términos “entrenamiento” u “ejercitación” por considerarlos más explícito. La catequesis no se limita a exponer doctrinalmente cada una de las dimensiones de la fe, sino que entrena en cada una de ellas para que los que son iniciados adquiriendo la forma de Cristo por una vida nueva.

- **Acompañamiento pedagógico. El entrenamiento en la vida cristiana**

La catequesis tiene una irrenunciable dimensión pedagógica. Pero, es desde esta perspectiva que venimos exponiendo que ha de ser considerada. La catequesis inicia en la vida cristiana en la medida en que introduce al discípulo de Jesús en cada una de las dimensiones que la integran. Pero esta introducción exige *entrenamientos diversos*, o, dicho en otros términos, exige pedagogías diversas. Así por ejemplo, la oración reclama una pedagogía particular que es diversa a la pedagogía que exige la formación moral. Pues bien, estos diversos entrenamientos reclaman también *acompañamientos diversos*.

El catequista acompaña cuando sabe orientar dichos entrenamientos: está atento a las respuestas de los que son iniciados, chequea sus dificultades, pauta el ritmo que le es necesario... Además, su acompañamiento pasa por ayudar a integrarlos al servicio de una única finalidad: la configuración vital del discípulo con Jesucristo. En efecto, las diversas ejercitaciones, cada una a su modo, procuran el cumplimiento de dicha finalidad, por eso el catequista manifestará la complementariedad de las diversas tareas de la catequesis y ayudará a comprender su implicación mutua.

Pero, ¿qué elementos pueden favorecer este acompañamiento eclesial? El *Directorio* nos ofrece varias claves que dan soporte a este acompañamiento en cada una de las tareas:

“Para realizar sus tareas, la catequesis se vale de dos grandes medios: La transmisión del mensaje evangélico y la experiencia de la vida cristiana. La educación litúrgica, por ejemplo, necesita explicar qué

es la liturgia cristiana y qué son los sacramentos pero también debe hacer experimentar los diferentes tipos de celebración, descubrir y hacer amar los símbolos, el sentido de los gestos corporales, etc...” (DGC 87e).

Esta anotación del *Directorio* tiene un especial interés y viene al rescate de cualquier confusión. La catequesis no se reduce a la mera transmisión del mensaje evangélico; supondría una reducción doctrinal que hay que superar. La catequesis pasa necesariamente por la experiencia de la vida cristiana que se adquiere por los diversos entrenamientos que antes hemos indicado. En este sentido, la catequesis –como función particular del ministerio de la Palabra (DGC 51)– tiene como tarea proponer el mensaje cristiano en correspondencia con estos entrenamientos y las experiencias que procuran; y es tratando de servir esta correspondencia que el catequista centra su acompañamiento pedagógico. Él ha de comunicar el mensaje cristiano al hilo del ejercicio de la vida cristiana, para que esta halle su significado y entregue el misterio que la embarga.

“Las diferentes dimensiones de la fe son objeto de educación tanto en su aspecto de ‘don’ como en su aspecto de compromiso. El conocimiento de la fe, la vida litúrgica, el seguimiento de Cristo son, cada uno de ellos, un don del Espíritu que se acoge en la oración y, al mismo tiempo, un compromiso de estudio, espiritual, moral, testimonial. Ambas facetas deben ser cultivadas” (DGC 87f).

Ya hemos subrayado cómo el proceso iniciático es un proceso que pasa por la conjunción de la acción de la gracia y la respuesta libre del hombre. Pues bien, este dinamismo se teje justamente en la iniciación de las diferentes dimensiones de la fe. El ejercicio en esas dimensiones no puede ser solo fruto de un compromiso voluntarista, se llevaría al pelagianismo que denuncia el Papa (cf. *Gaudete et exsultate*, 47-62). Pero tampoco a una perspectiva de un “don” paralizante que llevara a esa “experiencia interior” de índole gnóstica (cf. *Gaudete et exsultate*, 36-46). El acompañamiento pedagógico del catequista apuntará a la integración, en cada una de las tareas, del don como estímulo y raíz del compromiso y del compromiso como acogida de ese don divino.

“Cada dimensión de la fe, como la fe en su conjunto, debe ser enraizada en la experiencia humana, sin que permanezca en la persona como un añadido o un aparte. El conocimiento de la fe si es significativo, ilumina toda la existencia y dialoga con la cultura; en la liturgia, toda la vida personal es ofrenda espiritual; la moral evangélica asume y eleva los valores humanos, la oración está abierta a todos los problemas personales y sociales” (DGC 87g).

La tercera indicación del *Directorio* clarifica lo que se entiende por vida cristiana. Las diversas dimensiones de la vida cristiana, ciertamente, apunta a un modo particular de vivir: la forma de pensar, las relaciones que se tienen y cómo se desarrollan, los valores y virtudes que regulan la vida... Pero este modo de vida, no solo es válido en el círculo cerrado de la comunidad eclesial donde es reconocido y encuentra apoyo. La vida cristiana, que es un nuevo modo de vida, apunta al vivir cotidiano. El catequista se revela como un verdadero acompañante en la medida en que ayuda a los que son iniciados a proyectar en su vivir ordinario la vida nueva que van adquiriendo. El ser cristiano se juega siempre **más allá de los límites de la comunidad cristiana, allí donde** un discípulo de Cristo está implicado vitalmente y ejerce su responsabilidad. Esta es la condición para que la experiencia de fe sea verdaderamente transformadora y pueda superar la ruptura fe-vida que acecha hoy al cristianismo. El catequista acompañante ayudará al cristiano que ayuda a iniciarse a convertirse, desde el primer instante, en apóstol de Cristo

### **ACOMPañAR EN LA FE: DE LO VISIBLE A LO INVISIBLE**

La exposición que acabamos de hacer, con la descripción de las diferentes modulaciones que adquiere el acompañamiento en la catequesis iniciática, supone que la vida cristiana está articulada por lo que podríamos llamar una *cadena de índole sacramental*<sup>24</sup>:

- La meta de la Iniciación cristiana es de índole sobrenatural: el cristiano, por la fe y los sacramentos, nace a la vida divina. Por la gracia del Espíritu es hecho hijo en el Hijo, partícipe de su relación filial con el Padre.

---

24 Para este punto ver nuestro artículo CARVAJAL BLANCO, “La iniciación en la fe y en la vida cristiana de quienes se incorporan a la comunidad eclesial”, 215-222.

- Esta realidad misteriosa, que es siempre don de Dios, aunque transciende lo humano, encuentra su traducción humana (sacramental) en Jesucristo, el Hijo de Dios encarnado en el seno de María. El discípulo participa de la filiación de su Maestro y Señor, en la medida en que va configurando su experiencia humana a semejanza de la suya.
- Sin embargo, la posibilidad de que el discípulo pueda identificarse con Jesús, hasta poder pensar como él, obrar como él, amar como él, pasa necesariamente por su inserción en la Iglesia, Cuerpo de Cristo. En efecto, la Iglesia es el seno maternal donde son alumbrados los hijos de Dios, ella posee “las cosas santas”: la Palabra de Dios, los sacramentos, la caridad, el testimonio de los santos.... Estas realidades eclesiales, de “índole sacramental” diversa, son los medios por los cuales el Espíritu divino vincula a los que son iniciados con Jesucristo.
- Pero este alumbramiento en la vida filial, exige la asunción existencial, por parte del cristiano, de su condición de hijo en el Hijo. Esta es la medida de que se ha dado un verdadero aprovechamiento de la catequesis iniciática: que la vida cristiana recibida como gracia en el seno de la Iglesia, el cristiano la exprese en su vivir cotidiano como un nuevo modo de vida. Este vivir cristianamente supone, a un tiempo, la verificación de la propia fe y el testimonio de su valía en medio del mundo.

Esta cadena de índole sacramental, tal como la hemos llamado, lo es en virtud del Espíritu Santo. La actividad del Espíritu tiene como objeto la transfiguración de las realidades humanas para hacerlas capaces de recibir la obra divina, al tiempo que las hace sus mediadoras. De este modo, la humanidad de Jesús, ungida por el Espíritu, es la mediadora de la divinidad del Hijo de Dios. El don del Espíritu en Pentecostés es el que hace a la Iglesia Cuerpo de Cristo y mediadora de su acción redentora. Y la unción sacramental que la Iniciación cristiana realiza es la que hace del discípulo de Cristo otro ungido y su vida humana expresión de su vida divina. Todo es fruto de la acción del Espíritu que actualiza la obra de Cristo hasta tocar la realidad humana en una progresiva concreción histórica, humana, vital, visible.

Esta acción misteriosa, pero real, del Espíritu solo es reconocible bajo la luz de la fe. Por eso el acompañamiento en la catequesis es, ante todo, acompañamiento “en la fe” y “hacia la fe”.

- “*En la fe*”. La fe es un don<sup>25</sup> que el catequista posee y por eso puede acompañar a otros. Él, como creyente, está capacitado para reconocer en la fe la acción del Espíritu tanto en los que acompaña como en las múltiples mediaciones eclesiales y puede dar testimonio de ello. También los que son iniciados, aunque sea de un modo inicial, también poseen ese mismo don, por eso pueden ser receptivos a las enseñanzas que les hacen los catequistas.
- “*Hacia la fe*”. El objetivo de la catequesis es que esa fe inicial de los catecúmenos o catequizandos madure en confesión de fe. Confesión que, justamente, les permitirá reconocer en la cadena sacramental, de la que antes hablábamos, la vida divina que Dios les da a participar. Confesión que sólo se llega por el necesario acompañamiento eclesial, por el que poco a poco se aprende a reconocer en lo visible la acción invisible de Dios y en la humanidad el misterio divino.

Supuesta la acción del Espíritu, que siempre es antecedente, dos intervenciones de catequista ayudarán al que es iniciado a entrar en esta perspectiva mística. La primera supone la promoción del *sentido sacramental*. Como dice el papa Francisco: “El despertar de la fe pasa por el despertar de un nuevo sentido sacramental de la vida del hombre y de la existencia cristiana, en el que lo visible y material está abierto al misterio de lo eterno” (LF 40b). La segunda pasa por la reiteración del anuncio kerigmático de Jesucristo. El anuncio siempre es una propuesta de gracia y en el corazón del proceso catequético tiene la virtualidad de iluminar los ojos de la fe que permiten contemplar cómo Jesucristo está presente en aquello que lo media.

---

25 “La fe es un don de Dios. Sólo puede nacer en el fondo del corazón humano como fruto de ‘la gracia que previene y ayuda’ (DV 5; cf. CCE 153) y como respuesta, enteramente libre, a la moción del Espíritu Santo, que mueve el corazón y lo convierte a Dios, ‘dándole la dulzura en el asentir y creer a la verdad’ (DV 5; cf. CCE 163 y 184)” (DGC 55c).

Concluimos. Las reflexiones que anteceden suponen unos catequistas y unas comunidades que hoy todavía no existen. Comunidades en las que el imperativo de la fraternidad cristiana lleve a sus miembros a preocuparse unos de otros y, especialmente, de los que quieren iniciarse en la fe. Y catequistas que, conscientes de su experiencia cristiana, sean capaces de tomar de la mano a los que tienen encomendados y, con paciencia y dedicación, llevarles hacia el Misterio de Cristo. Sin embargo, el futuro de la Iglesia se juega en que en un tiempo no muy lejano esto se logre. De ahí que las palabras del papa Francisco en la exhortación programática de su pontificado sean un imperativo de prioridad, máxime cuando está en juego la capacidad de iniciar cristianamente:

Más que nunca necesitamos de hombres y mujeres que, desde su experiencia de acompañamiento, conozcan los procesos donde campea la prudencia, la capacidad de comprensión, el arte de esperar, la docilidad al Espíritu, para cuidar entre todos a las ovejas que se nos confían de los lobos que intentan disgregar el rebaño. Necesitamos ejercitarnos en el arte de escuchar, que es más que oír. Lo primero, en la comunicación con el otro, es la capacidad del corazón que hace posible la proximidad, sin la cual no existe un verdadero encuentro espiritual. La escucha nos ayuda a encontrar el gesto y la palabra oportuna que nos desinstala de la tranquila condición de espectadores. Sólo a partir de esta escucha respetuosa y compasiva se pueden encontrar los caminos de un genuino crecimiento, despertar el deseo del ideal cristiano, las ansias de responder plenamente al amor de Dios y el anhelo de desarrollar lo mejor que Dios ha sembrado en la propia vida (EG 171).